

CRONICA DE UNA JORNADA HISTORICA

LOS REYES DE ESPAÑA, EN LA CAPILLA
ARDIENTE DEL PALACIO REAL

Durante todo el día miles de personas desfilaron ante el féretro de Franco

Minutos después de la una y media de la tarde, el río humano que ascendía la escalinata y se acercaba ya a la antecámara del Salón de Columnas vibra con un rumor ondulante, que alcanza a quienes se aproximan a rendir su último homenaje a Franco: «Vienen los Reyes.» Los ujieres y los miembros de la escolta ultimán los detalles, urgiendo a los visitantes para que agilicen su paso ante el féretro. Se comunica que la cola ha sido interrumpida y se asegura que en la plaza de la Armería, dentro ya de las cancelas de Palacio, la multitud ha deshecho las filas para acercarse a la comitiva de los Reyes de España. El Salón de Columnas es una vibración continua, intermitente. Nadie quiere perderse la llegada del Rey. El paso se hace remiso.

Diez minutos antes de las dos, un murmullo rompe el denso silencio de la estancia: por la izquierda, procedentes del salón donde aguardan las personalidades sus turnos de vela, aparecen los familiares del Generalísimo: los marqueses de Villaverde, sus hijos y sus yernos, y don Gonzalo de Borbón. Se colocan detrás del turno de vela, a la derecha del féretro. La emoción vuelve a adueñarse del recinto y los sollozos sustituyen a los murmullos. Se disparan los «flashes» de las cámaras fotográficas y se vuelven a encender los focos de televisión, que durante todo el tiempo han estado apagados para preservar al máximo el cadáver de Franco, que durante la noche ha recibido cuidados especiales por parte de los médicos que procedieron a su embalsamamiento.

LLEGAN LOS REYES.—La cola se ha detenido mientras aparecen los miembros de la escolta de Su Majestad el Rey. Poco antes de las dos, los Reyes llegan al Salón de Columnas. La figura del Rey destaca por su altura sobre los presentes. Sus ojos, con grandes bolsas, proporcionalan gravedad a su rostro. Su saludo ante el féretro se reviste de marcialidad. La implacable mecánica de las leyes permite registrar un nuevo momento histórico —otro más— en la Sala de Columnas: el Rey de España ante los restos mortales de Franco.

El momento, aunque eternizado, es breve. Los Reyes pasan a dos reclinatorios situados a la derecha del féretro. La columna humana vuelve a circular de cinco en fondo, distribuyendo ahora su atención: el catafalco, los Reyes, la familia de Franco. Alguien comenta que la Reina ha cambiado su traje color fusia por uno negro.

Tras el responso rezado por un sacerdote, los Reyes se alzan de sus reclinatorios y se acercan a saludar a los familiares del Generalísimo. Los marqueses de Villaverde, primero; después, a los duques de Cádiz, y por último, al resto de los nietos. Han sido cinco minutos de emoción contenida, que vuelve a su ritmo cuando se van los Reyes y minutos después los familiares de Franco. De nuevo, los restos mortales del General quedan solos ante el pueblo, en el umbral de la Historia.

TRECE HORAS DE ESPERA.—Antes durante la noche y la mañana, el paso de cuantos deseaban manifestar su último homenaje de respeto ante Franco había aumentado sensiblemente su ritmo. Las colas se habían estabilizado durante toda la noche y poco más tarde de las diez de la mañana se encontraban ante las puertas de la plaza de la Armería quienes aguardaban desde las nueve de la noche anterior. Trece

largas horas de frío, de vela, de lento caminar: «Ni me siento los pies», manifestaba una mujer de unos sesenta años que se había recorrido el Madrid viejo a la espera de llegar a la Sala de Columnas.

Si bien durante la noche disminuyeron, la mañana vio alargarse de nuevo las columnas humanas en un verdadero laberinto difícil de seguir. Las dos grandes colas que aflúan al Palacio de Oriente se extendían como las ramas de un árbol. A las tres de la tarde, de la Red de San Luis bajaba un gran reguero humano; hacía un bucle en la calle Caballero de Gracia, ascendía por Alcalá hasta la Puerta del Sol, donde giraba por Carmen, Tetuán y Maestro Victoria, para doblar de nuevo hacia Sol, donde se unía con otras dos —una que descendía por Carretas y otra que se alargaba desde la Carrera de San Jerónimo—, para finalmente confluir en Arenal. La otra gran columna desbordaba con mucho el parque de Atenas. En total, a media tarde más de doscientas mil personas habían rendido su homenaje póstumo a Franco, ascendiendo la escalinata, coronada de banderas, y accediendo a la sala donde el sosiego sólo se veía interrumpido por la emoción no contenida de los visitantes.

ESCENAS.—Sobre las once de la mañana, un hombre se nos acercó precipitadamente con la mano en el corazón. En la otra llevaba una cartilla médica en la que se le calificaba como enfermo cardíaco. El ataque fue fulminante y sólo la rápida acción del oficial médico que estaba de guardia impidió un fatal desenlace. Allí mismo, en la sala de Columnas, se le inyectó un tónico cardíaco y un calmante para el dolor. Dos muchachos de la Cruz Roja lo trasladaron después al centro de socorro.

Las escenas de emoción se sucedieron



El cansancio de la larga espera en las colas de acceso al Palacio de Oriente empieza a dejar sentir sus efectos. Varias personas sufrieron desvanecimientos y requirieron la atención de los sanitarios de la Cruz Roja destacados en las proximidades del Palacio Real.

en el curso de las horas. La preocupación de no llegar hasta la capilla ardiente sobrecargó los ánimos de muchos visitantes. Algunos corresponsales de Prensa extranjera que habían logrado acceder hasta la sala de Columnas mostraban su asombro ante la enorme manifestación de duelo. Por la tarde, junto a los brazaletes con los colores de la bandera española de los combatientes, comenzaban a verse otros en los que se leía: «Juan Carlos I. Rey de España.»—M.

LOS REYES EN EL PARDO

Desde el Palacio de Oriente, donde Sus Majestades los Reyes de España estuvieron orando el cadáver del Caudillo, se dirigieron al Palacio de El Pardo para visitar a Su Excelencia Doña Carmen Polo de Franco, reiterándole su pesar por el fallecimiento de su esposo el Generalísimo.

PERSONALIDADES EN EL PALACIO DE ORIENTE

A las cinco cuarenta y cinco de la tarde, doña Imelda Marcos, esposa del presidente de Filipinas, acompañada del embajador de aquel país en España y su esposa y del alcalde de Madrid, presidió, brevemente, el turno de vela en la capilla ardiente donde están expuestos los restos mortales del Generalísimo. En aquellos momentos el turno de vela correspondía a altos funcionarios del Ministerio del Plan de Desarrollo.

La señora de Marcos, tras permanecer cinco minutos en la presidencia del duelo, se dirigió al túbulo y oró ante él breves instantes.

Entre otras personalidades, y mezclados entre el público que fluye constantemente a la capilla ardiente, pasaron esta tarde el ministro de Industria y señora y el consejero nacional Blas Piñar, acompañado de un grupo de amigos. También acudió la Misión canadiense enviada oficialmente a las exequias fúnebres del Caudillo.

EFICAZ SERVICIO DE LA CRUZ ROJA

La Cruz Roja Española atendió a 858 personas hasta primeras horas de ayer tarde, de entre los que acudieron a dar el último adiós al Generalísimo Franco, al Palacio de Oriente, desde que se abrió al público la capilla ardiente, a las ocho de la mañana del viernes, informa Pyresa.

La Cruz Roja tuvo instalados varios centros y puestos de socorro a lo largo del recorrido de las colas y en el mismo Palacio de Oriente.

Hasta las diez de la noche del viernes la Cruz Roja había instalado dos puestos de asistencia: el primero de ellos en el «hall» del teatro Real, con unas 16 camas, que asistió a unas 49 personas y realizó ocho traslados, y el segundo en la casa parroquial de la iglesia de la Almudena, donde fueron asistidas 96 personas y se produjeron 50 traslados.

Ante el progresivo aumento de las colas se instalaron tres nuevos puestos asistenciales de la Cruz Roja, en la casa parroquial de San Ginés, el primero, con 50 asistencias y dos traslados; una «roulotte» en la Puerta del Sol, con 38 asistencias y dos traslados, y otra «roulotte» en la esquina de Leganitos con la plaza de España, y que efectuó menos de 15 asistencias, todas ellas carentes de importancia, causadas por el frío o crisis nerviosas. Asimismo una «roulotte» instalada en Cibeles realizó 10 asistencias.

TRES MIL POLICIAS MUNICIPALES

Unos 3.000 policías municipales hacían servicio en la llamada «zona de silencio», donde más de 200.000 personas guardaban cola a las seis de la tarde para entrar a la capilla ardiente instalada en el Palacio de Oriente y rendir el último homenaje al Caudillo, informa Europa Press.

Los efectivos de la Policía Municipal se acercan a los 4.000 en Madrid. Sus miembros, que ayer no tuvieron descanso y realizaron turnos de más de doce horas, prestaron servicio también en otras zonas de la capital y en el aeropuerto de Barajas, para atender la llegada de personalidades de otros países.